

NUSSBAUM, Martha. C., *Los límites del patriotismo. Identidad, pertenencia y «ciudadanía mundial»*, Paidós, Barcelona, 1999.

Con el título *Los límites del patriotismo*, Paidós nos ofrece la traducción al castellano, realizada por Carme Castells, del libro *For Love of Country*, publicado en 1996 por Beacon Press. El compilador de esta obra, Joshua Cohen, editor de la *Boston Review*, tiene el acierto de reunir, en torno al ensayo de Martha Nussbaum, «Patriotismo y cosmopolitismo», a algunos de los más importantes pensadores del momento, que, desde sus peculiares perspectivas críticas, son capaces de ofrecer un buen panorama del debate actual sobre los temas aludidos en el subtítulo del libro: *identidad, pertenencia y «ciudadanía mundial»*.

El ensayo de Martha Nussbaum se publicó por primera vez en la *Boston Review* de octubre/noviembre de 1994 y había surgido como comentario a la ponencia de Amy Gutmann, «Multiculturalism and Democratic Education», presentada en una conferencia sobre «Equality and Its Critics», celebrada en la Universidad de Brown en marzo del mismo año. El trabajo de Nussbaum venía seguido de 29 réplicas o respuestas, de las que en el libro sólo se conservan 11, con algunos cambios y ampliaciones, y a las que se han añadido cinco más, haciendo un total de 16 aportaciones. En todos los casos, las reflexiones son breves, fácilmente inteligibles y bien argumentadas, por lo que pueden resultar muy sugerentes, tanto para especialistas en los temas tratados como para el común de los lectores. Sin duda, late a lo largo del libro un tono polémico que, tal como afirma en el prefacio Joshua Cohen, se ajusta perfectamente al origen del libro, concebido como un fórum abierto, y que muestra la vitalidad de la discusión pública y del debate filosófico en los Estados Unidos. Ambos tipos de discurso se articulan al pensar sobre el cosmopolitismo como teoría moral y como convicción personal, y al plantear numerosas cuestiones que van desde los más urgentes problemas políticos hasta las más profundas obligaciones humanas.

En el ensayo que sirve de apoyo para este contraste de opiniones, Martha Nussbaum realiza una vigorosa defensa del cosmopolitismo, al que presenta como la única perspectiva que invita a considerar nuestros propios estilos de vida desde el punto de vista de la justicia y del bien, y que implica reconocer la humanidad allá donde se encuentre y conceder a sus ingredientes fundamentales –la razón y la capacidad moral– nuestra mayor lealtad y respeto. Las reflexiones en defensa de la perspectiva cosmopolita, si bien en algunos momentos alcanzan una gran brillantez y resultan convincentes y hasta conmovedoras, en otros momentos, por el contrario, parecen más débiles y un tanto ajenas, como subraya Hilary Putnam, a otras de sus magníficas obras sobre la vida moral. La autora de *Love's Knowledge, The Fragility of Goodness*, y del libro que más popular la hizo entre nosotros *Poetic Justice*, no parece estar a la misma altura en este ensayo, cuyos argumentos quedan a veces en evidencia ante algunas de las réplicas más inteligentes de sus críticos. También resulta fácil coincidir con Putnam cuando se interroga sobre la posibilidad de que el texto de Nussbaum refleje, ante todo, una reacción un tanto excesiva a las tesis de Rorty.

En efecto, parece que una de las claves de lectura del ensayo «Patriotismo y cosmopolitismo» se encuentra en su rechazo de las posiciones simbolizadas por Richard Rorty y Sheldon Hackney. Según afirma la autora, Rorty insta a los estadounidenses, y especialmente a los de izquierdas, a no desdeñar el valor del patriotismo y a conceder una importancia capital a «la emoción del orgullo nacional» y al «sentimiento de identidad nacional compartida». Desde el punto de vista de Nussbaum, lo más reprochable de esta postura es que la política basada en el patriotismo y la identidad nacional se presente como la única alternativa posible a «la política de la diferencia», es decir, a una política sustentada en

las divisiones internas entre los diversos subgrupos étnicos, raciales o religiosos, y, por consiguiente, que ni siquiera se plantee la viabilidad de una preocupación política sustentada en unos fundamentos de carácter más internacional. Todo ello responde, a su juicio, al llamamiento efectuado por Sheldon Hackney en favor de «un diálogo nacional» para discutir la identidad estadounidense; una identidad que es entendida, en términos nacionalistas, con absoluta indiferencia hacia lo que todos los seres humanos compartimos como seres racionales y mutuamente dependientes, es decir, un proyecto identitario ajeno a los valores universales y sustantivos de la justicia y el derecho. Según Nussbaum, este proyecto es tan fallido que llega a reproducir los males que combate, de tal forma que el nacionalismo y el particularismo etnocéntrico, que aparecían como términos opuestos, acaban por identificarse, ya que el apoyar los sentimientos nacionalistas lleva a subvertir, incluso, los valores que mantienen unida a una nación.

La novela de Rabindranath Tagore, *The Home and the World*, expresa con toda su fuerza narrativa las dimensiones de esta tensión entre patriotismo y cosmopolitismo. Como es habitual en sus escritos, Nussbaum alimenta sus reflexiones con los ejemplos de la literatura, que, a su juicio, no siempre exaltan los valores patrióticos, sino que, en múltiples ocasiones, nos muestran un mundo de seres humanos más allá del estrecho mundo que conocemos, y, así, gracias a que estos extraños pueden poblar nuestras mentes y nuestros corazones, somos capaces de representarnos el amor a la humanidad. Según Nussbaum, a un cosmopolita le resulta más difícil la tarea de excitar la imaginación que a quien cuenta con el colorido, la intensidad y la pasión del orgullo patriótico, pero una mayor dificultad no significa, como algunos de sus críticos piensan, que la vida del cosmopolita tenga que ser necesariamente aburrida, monótona ni carente de amor.

El testimonio de los estoicos ilustra la gran riqueza del cosmopolitismo. La imagen del «ciudadano del mundo», del *kosmou polites*, evoca la adhesión a las obligaciones que nacen de la comunidad de deliberación y aspiraciones humanas, es decir, de una comunidad que «es verdaderamente grande y verdaderamente común, en la que no miramos esta esquina ni aquella, sino que medimos las fronteras de nuestra nación por el sol» (Séneca). Siguiendo las palabras de Plutarco, por lo que se refiere a los valores morales más básicos, como la justicia, «debemos considerar a todos los seres humanos como nuestros conciudadanos y convecinos».

Aprender a pensar en estas coordenadas de universalidad es, según Nussbaum, el reto más urgente de nuestro tiempo, y en esta decisiva tarea el principal referente no puede dejar de ser el «reino de los fines» de Kant, que, junto a la idea de Rawls de que «toda persona posee una inviolabilidad fundada en la justicia», son los hilos conductores de su propuesta. La ausencia de un Estado mundial, que es una de las principales objeciones de sus adversarios, no impide buscar fórmulas para poner en práctica el ideal cosmopolita, que deberá operar en todos los terrenos de la vida personal y social. El ensayo de Nussbaum, y especialmente su réplica final, resultan muy persuasivos a la hora de convencer sobre la necesidad de reconocer la humanidad y responder a su llamada allí donde se produzca, independientemente de cualquier circunstancia de tipo particular. Así, considerar a las personas como moralmente iguales supone tratar la nacionalidad, la etnia, la clase, la raza y el género como «moralmente irrelevantes». La educación debe cumplir un papel insustituible en esta tarea, pues puede contribuir decisivamente al cultivo de las facultades de objetividad e imaginación, que nos permiten reconocer la humanidad en el desconocido y en el otro.

La preocupación central de Martha Nussbaum se sitúa en este terreno educativo. Sus reflexiones se dirigen, ante todo, a tratar de demostrar que la ciudadanía mundial, más que la democrática o nacional, debe ser el núcleo de la

educación cívica. En primer lugar, porque la educación cosmopolita nos enseña más acerca de nosotros mismos, en la medida en que nos contemplamos con la mirada del otro y podemos ser conscientes de lo que es esencial a la condición humana y de lo que compartimos profundamente. La segunda razón es que cada vez, de forma más clara, avanzamos resolviendo problemas que requieren la cooperación internacional, es decir, que hacen indispensable una planificación, un conocimiento y un diálogo de tipo global. De ahí una tercera y decisiva razón: que sólo así podemos reconocer obligaciones morales con el resto del mundo, y que este reconocimiento tendrá consecuencias económicas y políticas de largo alcance, pues implica tomar decisiones pensando con más seriedad en el derecho de otros seres humanos a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad.

La principal objeción que plantea el proyecto de Nussbaum es su insistencia en presentar la educación cosmopolita, es decir, un modelo educativo basado en la ciudadanía mundial, como el único modelo válido de educación cívica, y, por tanto, como alternativa a cualquier otro tipo de proyecto educativo que exalte los valores de la ciudadanía democrática o nacional. Richard Falk manifiesta su inquietud por este implícito apoyo a una visión polarizada, «o esto, o lo otro», de la tensión entre la conciencia nacional y la cosmopolita. También Michael Walzer insiste en la importancia de superar falsas disyuntivas y en situar la discusión en otros términos, pues, a su juicio, tan inmoral será la conducta guiada por un particularismo que excluye otras lealtades más amplias, como la orientada por un cosmopolitismo que invalida otras lealtades más estrechas.

Gran parte de las réplicas a la propuesta de Nussbaum recogidas en el libro subrayan esta necesidad de plantear la relación patriotismo-cosmopolitismo en términos menos antagónicos, tratando de llegar a una formulación de ambos que permita observarlos como fenómenos o puntos de vista complementarios. Para ello, es imprescindible atender a una importante distinción que Nussbaum no contempla y sobre la que nos advierte Amy Gutmann: la que hay entre considerar que las fronteras nacionales «son moralmente relevantes» y reconocerlas como «políticamente relevantes». El rechazo de la consideración de las fronteras como moralmente relevantes no es un monopolio de la educación cosmopolita; también la educación democrática puede coincidir en este rechazo y, en general, toda apelación a la conciencia nacional que no se presente como lealtad exclusiva y excluyente.

En esta línea, R. Barber se refiere a dos problemas que plantea el ensayo de Nussbaum, o, al menos, una de las posibles interpretaciones a que da pie: el primero, porque no presta suficiente atención a la posibilidad de incorporar los sentimientos patrióticos en un marco constitucional definido, precisamente, por los «valores sustantivos de la justicia y el derecho» que ella reclama; y el segundo, porque no pondera en su justa medida la endeblez del cosmopolitismo y el crucial papel humanizador desempeñado por la política de la identidad en un mundo desarraigado, hecho de contratos y mercado. Sobre el primer problema volveremos más adelante, y respecto al segundo parece claro que si Nussbaum es capaz de diagnosticar las patologías del patriotismo, debería realizar también un análisis crítico de las patologías del cosmopolitismo. De nuevo Falk resulta contundente en sus objeciones, cuando afirma que los elementos estoico-kantianos de una orientación cosmopolita dan por supuesto un contexto ético de premisas globalistas que, cada vez, resulta más difícil reconciliar con la realidad del globalismo contemporáneo. Para que el cosmopolitismo resulte creíble debe combinarse con una crítica al globalismo éticamente deficiente encarnado por el pensamiento neoliberal, que minimiza los mejores objetivos de concebir el mundo como un todo. Por otra parte, Michael W. McConnell alerta de los riesgos de un cosmopolitismo abstracto, que pueda

aportar escepticismo y cinismo a las lealtades actualmente existentes, pero sea incapaz de originar una comunidad alternativa. En este sentido, Gertrude Himmelfarb teme que el cosmopolitismo resulte injustificadamente optimista y llega a reducirlo a una pura ilusión que, como todas las ilusiones, aunque se presente con una aureola de bondad y altruismo, puede resultar peligrosa.

El peligro, a juicio de Judith Butler, se encuentra en la propia noción de universalidad, cuyo sentido demuestra ser culturalmente variable y, por consiguiente, difícilmente encajable en su presunto *status* transcultural. Con la mirada puesta en las contribuciones de Étienne Balibar y de Homi Bhabha, Butler se refiere a la exigencia de articular la universalidad a través de un difícil proceso de «traducción», que será, tal como ya anticipara Walter Benjamin, el único movimiento apto para abordar el problema de la exclusión en la política cultural. Así, el universal aparece como aquello que todavía ha de lograrse y que nunca se podrá lograr de forma total y definitiva.

Como sostiene Putnam, el riesgo de algunos de los filósofos cosmopolitas tan admirados por Nussbaum reside en confundir las dos ideas, sustancialmente diferentes, de la ética universal (principios universales de justicia) y la de un estilo de vida universal. La Ilustración nos ha legado la valiosa idea de que las creencias morales heredadas pueden ser criticadas, pero sin estilos de vida heredados la razón crítica no puede ejercer su función de conservación, reinterpretación o, incluso, eliminación de las diversas tradiciones. Y concluye: no tenemos que elegir entre el patriotismo y la razón universal, pues la inteligencia crítica y la lealtad a lo mejor de nuestras tradiciones, incluyendo nuestras tradiciones nacionales y étnicas, son interdependientes.

La idea de interdependencia o de complementariedad entre patriotismo y cosmopolitismo, como ya hemos señalado, es asumida por la mayor parte de los críticos a las tesis de Nussbaum, de tal modo que la propia autora en la réplica final, después de reiterar su defensa del ideal de ciudadanía mundial, llega a apostar por una especie de patriotismo cosmopolita, definido por una concepción concéntrica de la identidad. De hecho, en el ensayo que centra el debate del libro, Martha Nussbaum ya había aludido a la convicción de los estoicos de que para ser ciudadano del mundo no se debe renunciar a las identificaciones locales y que debemos pensar en nosotros mismos no como seres carentes de filiaciones locales, sino como seres rodeados por una serie de círculos concéntricos. Se trata, desde luego, de conferir una atención y un respeto especial al círculo que define nuestra humanidad.

Planteado el tema en estos términos, que como hemos visto no es el planteamiento que se deduce necesariamente de otras partes del ensayo, las posturas se aproximan en la búsqueda de lo que K. A. Appiah caracteriza como cosmopolitismo arraigado, y que para él debe ser ante todo un cosmopolitismo liberal, que podría formularse del siguiente modo: valoramos las diversas formas humanas de vida social y cultural, no queremos que nadie se convierta en parte de una cultura global homogénea, y sabemos que ello significa que también existirán diferencias locales en el ámbito moral. En la medida en que estas diferencias cumplan determinadas constricciones éticas generales –concretamente, en la medida en que las instituciones políticas respeten los derechos humanos básicos– los cosmopolitas nos alegraremos de su existencia. Debemos defender las diversas comunidades como círculos entre muchos círculos que son más estrechos que el horizonte humano, que son unas esferas que nos incumben moralmente.

La misma imagen de los círculos concéntricos es utilizada en el libro por Michel Walzer y Sissela Bok. El primero subraya que el recurso a esta imagen en el trabajo de Nussbaum resulta más útil que su idea de la ciudadanía mundial. Mis lealtades –afirma Walzer–, al igual que mis relaciones, empiezan en el centro; por tanto, es preciso describir las mediaciones a través de las cuales se

alcanzan los círculos externos. Cuando se dice que «deberíamos considerar a todos los seres humanos como si fueran nuestros vecinos y conciudadanos», en frase de Plutarco tan querida por Nussbaum, se está partiendo de la necesidad de comprender qué significa tener vecinos y conciudadanos; si no entendemos esto estamos moralmente perdidos. Por su parte, S. Bok señala que, desde cualquier perspectiva que adoptemos, la imagen de los círculos concéntricos expresa nuestra ambivalencia ante las contradicciones que nos plantean cuando se apela a aquello que nos incumbe y al sentido de nuestra responsabilidad. Si por un lado, puede afirmarse con Sidgwick, que el principio fundamental de la ética es «que el mayor bien ajeno es preferible al menor bien propio», también cabe acoger la llamada «perspectiva del sentido común», según la cual nuestras obligaciones de ayudar a los demás difieren en función del tipo de relaciones que mantengamos con ellos. Bok concluye considerando que ambas perspectivas, la universalista y la restringida, tienen que ver con la supervivencia y la seguridad de la humanidad, y que no es posible descartar ninguna de ellas por ser moralmente irrelevante. En definitiva, afirma Bok, si no se aprende a apreciar la singularidad de las culturas, empezando por la propia, puede ser prácticamente imposible honrar la singularidad y la humanidad compartida que tan centrales son para el ideal cosmopolita.

La noción de «democracia cosmopolita», según la acertada formulación de David Held, puede ser una vía de salida para una posible reconciliación del patriotismo y del cosmopolitismo. Richard Falk apunta esta posibilidad como intento de reorientar el debate hacia un compromiso común capaz de remodelar las condiciones del «Estado humano», la «región humana» y, en función del éxito de las fuerzas sociales transnacionales, «un globalismo decente e incluyente». En este intento, como Elaine Scarry destaca certeramente, resultan valiosos todos y cada uno de los medios que ayuden a reconocer, compartir y paliar los sufrimientos del otro; desde la literatura imaginativa y las acciones individuales, hasta las normas constitucionales y las Conferencias internacionales. Scarry insiste especialmente en el papel de las Constituciones para respetar y defender los valores cosmopolitas, pues, a su juicio, la obra lograda mediante una estructura legal no está al alcance de una estructura sentimental. Y Martha Nussbaum que, como hemos visto, en su ensayo no había reparado en la importancia de un marco constitucional que integre los valores de la justicia que ella reclama, en su réplica final coincide explícitamente con Scarry en que la imaginación precisa leyes, fundamentalmente constitucionales, que, en la medida de lo posible, institucionalicen el igual valor de las personas. E, incluso, añade, de forma elocuente, que debemos cultivar la ciudadanía mundial, en nuestros corazones y en nuestras mentes, tanto como en nuestros Códigos legales.

Por consiguiente, llegamos a un punto en que podemos concluir, con Amartya Sen, que la inclusión de todas las personas en el ámbito de la incumbencia ética –que es el aspecto principal del alegato en favor de la ciudadanía mundial– no requiere ningún tipo de militancia en contra de valorar los elementos de la propia tradición. Desde esta interpretación, la crítica de Martha Nussbaum se dirige sólo a determinadas manifestaciones de patriotismo y abre el paso a esa modalidad de patriotismo cosmopolita o cosmopolitismo arraigado en que muchos autores del libro se reconocen; sin duda, una modalidad de relaciones entre patriotismo y cosmopolitismo, que, más allá de un cosmopolitismo abstracto y desarraigado, resulta plenamente acorde con la reivindicación del papel enriquecedor de las tradiciones y la cultura en el resto de su obra literaria y filosófica.

Emilia BEA PÉREZ
Universitat de València